

Lic. SANTIAGO ROEL

**GRAL. LAZARO
GARZA AYALA**

Apuntes Biográficos
de su Vida Militar



OBSEQUIO de
EL PORVENIR



1926

Talleres Linotipográficos de
J. CANTU LEAL

NL
923
G

Nº 23
926

GRAL. LAZARO
GARZA AYALA

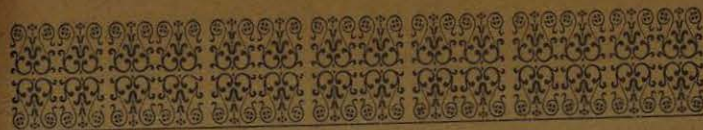
Apuntes Biográficos
de su Vida Militar

GRACIAS A
LE TORRENT

1910
T. de la Imprenta de
LA ANTILLANA



Sr. Gral. LAZARO
GARZA AYALA



LAZARO GARZA AYALA

Apuntes Biográficos de su Vida Militar

UNO de los Nuevoleoneses más dignos de la gratitud, de la admiración y del cariño de sus conciudadanos, por sus eminentes servicios, tanto civiles como militares, al Estado y al País; modelo de rectitud, ejemplo de austeridad y de modestia; de cultura e ilustración poco comunes, cuya vida forma interminable cadena de nobles entusiasmos, sanas aspiraciones y envidiables virtudes, es sin duda el señor Licenciado y General Don Lázaro Garza Ayala, honra y prestigio de las letras y de las armas nacionales.

En el doloroso camino de nuestra vida independiente, tan lleno de lamentables errores, de torpes prejuicios y de enconadas pasiones, pocos hombres como él han tenido una concepción tan clara y tan firme del cumplimiento de sus deberes para con la Patria, honrándola y dignificándola en todos los campos de su asombrosa actividad.

No ignoro que debe destruirse la opinión de los que se imaginan que las virtudes guerreras son más apreciables que las virtudes cívicas, como afirmaba Cicerón, pero tratándose de Garza Ayala, sus acciones militares, desconocidas hasta para la mayor parte de sus contem-

poráneos, no deben permanecer olvidadas, precisamente porque siendo inapreciables sus virtudes guerreras, él mismo estimó que eran más loables sus virtudes cívicas, que de su parte siempre tuvieron por objeto la felicidad de su País.

Algún día, tal vez, podrá conocerse mejor la portentosa personalidad de tan ilustre cuanto humilde ciudadano Neolonés, cuya muerte fué llorada por tres generaciones, y entonces podrá apreciarse en todo su esplendor la primera de sus virtudes: su devoción a la Patria.

Al publicar estos apuntes biográficos, que por ahora limito a su vida militar, tan azarosa y tan pródiga en generosos sacrificios, como ignorada, creo abonar a una deuda de gratitud, recordando las heroicas hazañas de un patriota —cuyas proezas en la guerra son tan notables como sus eminentes servicios en la paz— antes que el olvido implacable borre para siempre su memoria.

Tampico, Tamps., enero de 1926.

Santiago Roel.



1855 - 1860

GARZA AYALA nació el año de 1833 en la ciudad de Monterrey, Nuevo León. Educado por su tío materno, el párroco Garza Ayala, (Garzayalita, como cariñosamente lo llamaban sus feligreses,) logró hacer brillantes estudios, encaminados desde su juventud a la abogacía.

La revolución que tuvo su origen en el Plan de Ayutla, contra la dictadura de Santa Anna impulsó a Garza Ayala a presentarse voluntariamente, en clase de soldado, a las fuerzas que en Nuevo León secundaron el movimiento iniciado por D. Juan Alvarez en el sur del País, abandonando sus estudios profesionales, a los que estaba dedicado por aquel entonces.

Bien pronto libró su primera batalla, concurriendo al asalto y toma de la ciudad de Monterrey, defendida por las fuerzas del General Gerónimo Cardona, (22-23 de mayo de 1855) Gobernador del Estado. Toda la guarnición, con su Comandante General, fué hecha prisionera por las fuerzas de D. Santiago Vidaurri, pronunciado días antes en Lampazos por el Plan de Ayutla. Vidaurri se encargó del mando político y militar del Estado, decretando inmediatamente que Nuevo León reasumiera su soberanía, libertad e independencia, mientras un Congreso Nacional establecía la Federación como sistema de gobierno de la República. El buen comportamiento de Garza Ayala en esta su primera función de armas le valieron su ascenso a Subteniente de infantería de la Guardia Nacional móvil, el primero de junio del mismo año.

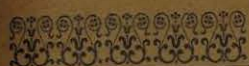


Inmediatamente después recibió órdenes para marchar sobre Matamoros en donde se encontraba una fuerte guarnición al mando del General centralista Adrián Wool, logrando encontrarse en varios escaramuzas; pero bien pronto tuvo que regresar sobre Saltillo para batir, en unión de Aramberri, Zaragoza, Zuazua, Escobedo y Pedro Martínez, al General Guitián, quien con una columna de mil doscientos hombres de las tres armas acababa de reforzar al General Cruz, quien guarnecía la plaza. Atacada la ciudad la noche del 22 de julio, cayó en poder de sus asaltantes al siguiente día. Este nuevo triunfo ameritó para Garza Ayala el grado de Teniente de Artillería, desde entonces su arma favorita.

En septiembre del propio año le fué encomendado el mando accidental de la Segunda Compañía de Artillería para hacer la campaña contra los filibusteros texanos quienes, aprovechando nuestras discordias intestinas, pasaban la frontera a robarse los ganados. Muchos y muy importantes servicios prestó Garza Ayala en esta campaña, por los cuales fué ascendido a Capitán de la Guardia Nacional del Estado, con mando accidental de Comandante de Artillería, recibiendo a poco el nombramiento de Jefe de División de la misma arma, que el 4 de febrero de 1858 le confirió D. Santiago Vidaurri.

Concluida la campaña emprendida contra los filibusteros, el Gobierno del Estado le encomendó la Comandancia Militar de Monterrey por ausencia del General Zaragoza, entonces Coronel; y bajo su inmediata y acertada dirección se montaron algunas piezas de artillería y se prepararon todos los elementos de guerra con que el entonces Ejército del Norte marchó a la campaña del interior, en marzo de 1858, tocándole organizar, equipar y municionar a los diferentes cuerpos, con los pocos elementos de que entonces se podía disponer.

Nombrado Comandante General de la artillería, fué a reunirse con Zuazua, segundo de Vidaurri, en los precisos momentos en que con cuatro mil hombres y once cañones ponía sitio a la plaza de Zacatecas, defendida por el General Antonio Manero, pocos días después de la batalla del Puerto de Carretas, cerca de San Luis Potosí, sostenida contra el intrépido Miramón, a quien Zuazua derrotó.



Las tropas de la plaza sitiada, ocupaban una parte del Cerro de la Bufa, al mando de Manero, con seis cañones; otra, la Ciudadela, y el resto estaba apostado en la Parroquia y en el convento de Santo Domingo.

El fuego de artillería fué iniciado por los defensores de la plaza y contestado inmediatamente por Garza Ayala, al mando ya de la artillería sitiadora. A las cinco de la tarde de ese día —27 de abril— comenzaron a retroceder los defensores del Cerro, el cual fué tomado dos horas después, continuándose el ataque sobre la Ciudadela, defendida por el Capitán Drechi, quien con su artillería causó estragos en las filas asaltantes, en su mayor parte integradas por nativos de Nuevo León; pero al fin fué tomada también después de una desesperada resistencia, quedando prisioneros el General Manero y todos sus jefes y oficiales, siendo éste pasado por las armas, en unión de cuatro de sus principales compañeros.

Garza Ayala, con su acostumbrada actividad, reorganizó rápidamente su artillería, aumentándola con las piezas conquistadas al enemigo, logrando arreglar tres baterías de campaña. Igual atención dedicó a los demás elementos de guerra, elaborando municiones de las tres armas en cantidad considerable y, después de entregar el mando al Coronel Eduardo Jordán, quedó a su cargo la mayoría general de su arma, marchando a San Luis Potosí, defendido entonces por el General Francisco Sánchez, plaza a la que el infatigable General Zuazua puso sitio el 29 de junio.

Nueve horas de reñido combate entre el ejército de Zuazua y los defensores de San Luis, ocasionaron la retirada de los conservadores sitiados, quienes se vieron obligados a evacuar la ciudad, salvando únicamente su artillería de montaña. El movimiento de Zuazua fué tan rápido sobre San Luis que desconcertó a sus defensores. Miramón no lo esperaba y había marchado a Guadalupe, en donde se batía con el General Degollado. En esta acción Garza Ayala luchó con heroísmo al frente de su artillería, manejando personalmente las piezas siendo uno de los principales factores de la victoria.

La toma de San Luis causó consternación en las filas conservadoras, pues la ciudad era la llave del inte-

rior, y con ella las huestes liberales, dominando la mitad norte del País, se abrían paso hacia el Sur, logrando a la vez abundantes recursos.

Este triunfo valió a Garza Ayala el nombramiento de Teniente Coronel de Artillería, que Vidaurri le confirió sobre el mismo campo de batalla.

Garza Ayala, con aquella actividad, dedicación y constancia que fueron en él características hasta los últimos días de su vida, se dedicó inmediatamente, como lo había hecho antes, a montar y reparar la artillería quitada al enemigo, sustituyendo a Jordán, por enfermedad de éste, logrando improvisar una maestranza, en donde equipó cuatro baterías de campaña y fabricó en gran cantidad granadas, estopines y municiones para las demás armas, que bien pronto habían de servir en la batalla de Ahualulco, sostenida por Miramón contra Vidaurri, y en la cual las fuerzas fronterizas, al mando de éste, sufrieron espantosa derrota.

Desorganizadas y maltrechas regresaron a Monterrey, pero muy pronto se organizaron de nuevo y volvieron a emprender la marcha sobre el interior, uniéndose a González Ortega en León y, más tarde, poniéndose a las órdenes del General Degollado en San Luis Potosí.

La lucha entre liberales y conservadores, iniciada en enero de 1858, continuó encarnizada, sin esperanzas de término, habiéndose registrado para el mes de julio del siguiente año en todo el País setenta y un combates de importancia e innumerables escaramuzas entre ambos contendientes.

Vidaurri, acostumbrado ya a tener mando absoluto en los Estados de Nuevo León y Coahuila, creyó que permaneciendo más tiempo sus fuerzas en el interior, podía ser privado de ellas por el Gobierno Federal, con el que ya había tenido serias fricciones, originadas por su carácter altivo y despótico, y temiendo perder su dominio en el Norte dispuso, por medio de un decreto fechado en Monterrey el 5 de Septiembre de 1859, el regreso de aquéllas, pretextando que "serían grandes y de graves trascendencias los males que se seguirían al Estado y a la Nación de la permanencia del Ejército del Norte en el interior de la República"; y ordenando a todos los jefes que mandaban los tres cuerpos de rifleros y la

batería de que se componía el Ejército del Norte, que inmediatamente que llegara a sus manos el decreto emprendieran su regreso a Monterrey.

Sorprendidos los jefes fronterizos por tan extraña actitud de Vidaurri, se reunieron en San Luis Potosí con Degollado, y acordaron escribirle, tanto éste como Zaragoza y Garza Ayala, para convencerlo del peligro que corría la causa liberal si se cumplían sus órdenes, nombrando al General Escobedo para que fuera portador de aquellas cartas; pero fué inútil toda gestión y Vidaurri siguió firme en sus propósitos, pretendiendo segregar de las filas liberales más de cuatro mil hombres que integraban entonces el Ejército del Norte.

Entonces Degollado, que era el Ministro de la Guerra, destituyó a Vidaurri de todo mando político y militar, nombrando a Aramberri para que se hiciera cargo del gobierno de Nuevo León y del Ejército del Norte. La respuesta de Vidaurri fué otro decreto en el que puso fuera de la ley tanto a Degollado como a Aramberri, reputándolos como enemigos de la paz pública, y ordenando que los jefes y oficiales que no obedecieran a su llamado serían considerados como traidores y pasados por las armas al ser aprehendidos.

Después de algunos otros lamentables acontecimientos, que ocasionaron la ruptura definitiva de los estrechos lazos que habían unido a todos los jefes y oficiales del Estado, como la prisión de Vidaurri en el Palacio de Gobierno por gente a las órdenes de Zaragoza, y su vuelta al poder por medio de hábiles transacciones que celebró con Aramberri, comenzó a debatirse en el Estado un punto constitucional que ocasionó mayores y más serias divisiones entre los Neoloneses.

Vidaurri había gozado de facultades extraordinarias concedidas por el Congreso local para afrontar la situación creada por la campaña sobre el interior, pero habiendo concluido el plazo concedido por el poder Legislativo, se las suspendió éste. Vidaurri no obedeció al Congreso y el Estado entonces se dividió en dos bandos. Zuazua y Quiroga, al lado de Vidaurri, persiguiendo a los "congresistas"; que así se tituló a los defensores de la ley; y Aramberri, Blanco, Escobedo, Treviño,



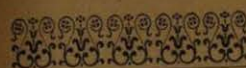
Garza Ayala, Martínez y otros muchos jefes se pusieron al lado de éstos, organizando fuerzas para defenderlos.

Garza Ayala, quien se había separado del ejército hacía algunos meses, decepcionado por aquellas divisiones, estaba radicado en Monterrey, ejerciendo la abogacía con éxito, pero no era ajeno a los acontecimientos que se desarrollaban. Su clara penetración y el ineludible cumplimiento de su deber como ciudadano lo obligaron a enfrentarse contra su antiguo Jefe en defensa de la legalidad, que siempre fué su norma. Y habiendo recibido comisión para sublevar al pueblo de Parras y sus contornos, a fin de sustraerlos al mando de Vidaurri, sostuvo algunas escaramuzas con las fuerzas de éste, y pocos días después asistió a la batalla que en Saltillo se verificó entre ambos bandos, la cual terminó con la derrota de los defensores del Congreso, quienes se vieron obligados a dispersarse.

Una de las partidas que Vidaurri envió en persecución de éstos logró aprehender a Garza Ayala, quien conducido a Saltillo fué juzgado por un Consejo de Guerra extraordinario y en tres horas condenado a muerte.

Pocos días antes, Zuazua había sido muerto en la hacienda de San Gregorio y, aunque Garza Ayala pudo comprobar que él no había tomado participio alguno en el asalto que privó de la vida al más estimado de los subalternos de Vidaurri, éste, bajo la impresión de tan lamentable suceso, confirmó aquella sentencia de muerte, y el reo fué encapillado.

Gozaba Garza Ayala, sin embargo, de generales simpatías tanto en Coahuila como en Nuevo León, y tan luego como se tuvo noticia de su condena, los principales vecinos de ambos Estados, especialmente de Monterrey y de Saltillo, elevaron sentidos memoriales a Vidaurri, pidiendo la vida del condenado. Estas solicitudes, agregadas a la petición de indulto que el mismo Garza Ayala formuló, quebrantaron la animosidad del Gobernador y lograron, no solamente el indulto pedido, sino aun la libertad, "atendiendo a que el joven Garza Ayala —dice la resolución de Vidaurri— es una de los hijos del Estado que en circunstancias difíciles le ha prestado buenos servicios."



"Sin que se entienda que es una conmutación, y sin que el Gobierno apele a otros resortes que el honor de dicho Garza Ayala, espera que él, por su propia voluntad, salga del Estado y permanezca fuera de él mientras se logra el completo restablecimiento de la paz y el orden públicos, pudiendo entonces volver a llevar a ejecución los leales y muy recomendables deseos que manifiesta en su ocurso que motiva esta determinación".

Así concluía aquella resolución que en medio de las turbulencias de la política y del encono de las pasiones, no solamente restituía a la vida al que poco antes estaba encapillado, sino que aún le abría las puertas de la prisión. Bello gesto de magnanimidad de aquel audaz y popular Gobernante, que se había constituido en árbitro absoluto de los dos Estados, y que más tarde moriría ajusticiado, pagando con su sangre el precio de sus últimos errores....!



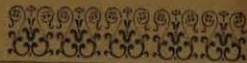


1860 - 1867

PROSCRITO del Estado, Garza Ayala continuó militando en las filas del Ejército Liberal, yendo a reunirse con Zaragoza, quien por entonces, al lado de González Ortega, ponía sitio a Guadalajara. Zaragoza lo nombró su Jefe de Estado Mayor y, con ese carácter, tuvo también a su cargo la comandancia general de parque durante todo el sitio de la plaza, defendida por el General conservador Severo del Castillo.

Concurrió también con el mismo cargo a la batalla del Puente de Calderón, sostenida con éxito contra el General Márquez, quien iba en auxilio de los sitiados. La derrota de Márquez ocasionó la capitulación del General Castillo, y Guadalajara cayó en poder de los liberales. Inútil es decir que en estas acciones Garza Ayala se batió, como siempre, con valor y con heroísmo.

Asistió luego a la batalla de Calpulalpan (22 de diciembre de 1860), batalla que decidió el triunfo definitivo del ejército liberal, librada entre las fuerzas de González Ortega y las del incansable Miramón. En esa importante acción Garza Ayala tuvo el mando de las baterías de la izquierda y parte de las del centro, las que personalmente estuvo dirigiendo durante todo el combate, con tanto acierto que el triunfo obtenido en aquella batalla formidable, en buena parte a su pericia y a su valor debe atribuirse.



Pocos días después González Ortega ocupó la Capital de la República, dando así término la encarnizada Guerra de Reforma para iniciarse luego, no muy tarde, la no menos sangrienta que la intervención francesa provocó.

Muchos y muy dolorosos días de angustia esperaban todavía al País....

El partido conservador, no obstante sus últimos desastres, no se consideró vencido, y todos sabemos cómo, en tanto que aquí quedaba derrotado militarmente por las huestes liberales, sus principales corifeos fraguaban en Europa la intervención armada de varias potencias.

Bien pronto los ejércitos de la Triple Alianza ocuparon Veracruz, y otra vez volvemos a encontrar a Garza Ayala, fiel a sus principios republicanos e inquebrantable en sus propósitos, nobles y patrióticos, en las primeras filas del Ejército, incorporado a la División de Oriente, de Jefe de Estado Mayor y Secretario particular del General Zaragoza, siendo a la vez tercer jefe de la artillería.

Tuvo a su cargo la Comandancia y arreglo del parque en la línea de Córdoba y la Auditoría de Guerra; siendo por esos días ascendido a Coronel efectivo de Artillería, grado que le confirió el Presidente Juárez, habiendo asistido a la ocupación y retirada de Orizaba.

Combatió en la batalla de las Cumbres de Acultzingo y en la del Puente Colorado, dirigiendo una batería de montaña; y al emprenderse la retirada de las Cumbres fué comisionado para salvar dos piezas que se habían quedado en su línea, cumpliendo aquel encargo del General en Jefe en medio de una lluvia de balas enemigas, lo que le valió expresivas felicitaciones de todos sus compañeros de lucha.

Pocos días después asistió a la gloriosa batalla del 5 de mayo, mereciendo especial confianza del General Zaragoza para permanecer observando los movimientos del enemigo, fuera de las líneas de combate, participándoles con toda exactitud y oportunidad, noticias que estuvieron sirviendo a Zaragoza para dirigir la lucha con el éxito que todos conocemos. El parte de esta batalla,



que año tras año, se lee en todas las poblaciones del País, en donde se celebra su aniversario, fué redactado por Garza Ayala.

Después de la derrota sufrida por los invasores frente a los cerros de Loreto y Guadalupe, los franceses se retiraron a Orizaba, y sobre ellos marchó el ejército de Zaragoza, pero fué detenido por Márquez, quien le presentó batalla en Barranca Seca. Reorganizado a los pocos días logró acercarse hasta la ciudad y, tras de un serio combate, hubo de retirarse de nuevo como consecuencia de la derrota sufrida en el Cerro del Borrego. En ambas acciones Garza Ayala estuvo encargado de proteger la retirada del ejército nacional, la que se logró en todo orden, gracias a su pericia y diligencia para detener el avance de los franceses y traidores ya unidos.

Garza Ayala continuó al lado de Zaragoza, al frente de su Estado Mayor, y a la muerte del Benemérito fronterizo fué comisionado para la defensa del Puerto de Acapulco; más no tuvo tiempo de cumplir su nuevo encargo, porque los franceses marcharon otra vez sobre Puebla y hubo de tomar el mando del primer batallón ligero de San Luis, que más tarde fué el 14 de línea, y aprestarse a la defensa de la plaza, quedando encargado desde luego de los trabajos de zapa y fortificación; y luego que el sitio quedó cerrado por los invasores, pasó a las columnas de reserva de la segunda división.

Al darse el asalto definitivo por el enemigo al fuerte de San Javier, ocurrió en auxilio de las fuerzas defensoras, cargando en columna con su batallón hasta la altura de la Alameda, frente a la cual tomó posiciones. Desalojado de allí se fortificó en las manzanas de la Estampa, en donde pudo sostenerse durante seis días con la Compañía de Cazadores, incorporándose luego al Cuartel de la Reserva, defendiendo su puesto en el ataque general a la plaza, viéndose obligado a sostener varias veces luchas cuerpo a cuerpo en terribles cargas a la bayoneta.

Desgraciadamente el invasor dominó en aquella sangrienta batalla y al tomar la plaza hizo prisioneros a todos sus defensores.